

negro, como último representante de una antiquísima forma humana, en medio de las razas negras actuales, de las cuales algunas son ellas mismas muy antiguas y están próximas a extinguirse.

Los caracteres físicos y patológicos del cráneo de Broken Hill parecen indicar que el propietario de este cráneo murió no hace mucho tiempo. Y tal vez se encontrará un día, en algún recóndito rincón del Africa misteriosa,

ejemplares vivientes de los últimos representantes del *Homo Neanderthalensis* o de su variedad *Rhodesiensis*. Este descubrimiento sería extraordinario, pero no más sin embargo que el del Okapi, este grande y singular rumiante del que conocíamos desde hace tiempo los antepasados directos por medio de osamentas extraídas de los terrenos miocenos de Europa.

(Trad. de *La Nature*, 17 de diciembre de 1921, por el Dr. T. von Bülow).

La travesía del Desierto

Por GUILLERMO RITTWAGEN

LA caravana avanza lentamente sobre la dilatada llanura de arenas siempre candentes. En el horizonte se esfuman los airosos penachos de las erguidas palmeras del oasis, ofreciendo descanso y refrigerio a los cansados navegantes del Desierto.

Los hijos del Profeta abandonan la tierra firme para engolfarse en el mar de arena. Cuatro largos meses ha de durar la fatigosa navegación a bordo de los sufridos camellos.

El camello es la nave del Desierto, por excelencia, cuyo andar lento y pausado ha de verse combatido por los embates de las tempestades saharinas, navegando siempre en demanda de los oasis—verdaderos puertos de refugio de las caravanas—, cuyas palmeras graciosas son faros a cuya confortante sombra encuentran los navegantes del Desierto descanso bienhechor. La atmósfera caliginosa vibra radiante.

Los mercaderes árabes invocan el sagrado nombre de Alá, pidiendo al Todopoderoso una feliz travesía del proceloso océano de arenas, tan terrible en sus furiosos como las tempestades de los mares. Todos examinan, antes de aventurarse en el Desierto, el buen funcionamiento de las armas que han de tener, muy probablemente, que esgrimir contra los bandidos que infestan el Desierto y contra otras caravanas.

En el Sahara no hay más ley que la de la Naturaleza: la del más fuerte. La caravana que encuentre otra menos fuerte en su camino, tiene, *ipso facto*, el derecho de atacarla y despojarla. Es una presa que Dios pone en el camino. Los camellos serán repartidos equitativamente, y los hombres que sobrevivan a la defensa reducidos a esclavitud y vendidos a cualquier precio, a la primera ocasión.

La travesía del Sahara se realiza sin grandes dificultades al principio.

Los valles arenosos suceden a las alturas, y el camino pasa por los últimos aduares que pueblan los bordes del mar de arena, atravesándose ra-

quíticos bosques de acebuches y vitanas palmeras.

Es una frontera vegetal entre mundos botánicos totalmente diferentes. La palmera es el único lazo de unión geográfica entre la vegetación de los climas templados y la de los trópicos. Hacia el Sahara, va muriendo paulatinamente la vegetación en póstumos espasmos, hasta llegar a la nulidad más raquítica, en los bordes del Desierto.

A las regiones fértiles suceden las extensiones desoladas, áridas, estériles, inhospitalarias, de ardiente arena, cuya vegetación mediocre y raquítica es como el último aliento de la vida vegetal. Tan sólo la palmera alza su erguido tallo sobre aquellos campos de tristeza, de desolación, de muerte, a los cuales el sol con toda su excesiva potencia no da vida, sino por el contrario, los calcina con su furor de fuego.

Los pozos son cada vez más raros. El agua escasea hasta tal punto, que se hace inhallable. Por eso los musulmanes llaman al Sahara «el país de la sed».

El aire es cada vez más irrespirable también. El medio ambiente parece flama, y el oxígeno que se respira parece caldeado en una estufa.

La vista de los viajeros no avezados a las fatigas del Desierto, se nubla; la lengua se seca y se pega al paladar angustiosamente.

La vida se extingue poco a poco.

Sólo los camellos están en su dominio, caminando indiferentes a cuanto les rodea, insensibles a todo, avanzando lenta pero constantemente al unísono, sosteniendo sobre sus jibas pesos enormes, sin inmutarse lo más mínimo por los crueles pinchazos que sus conductores les propinan para que aceleren la marcha. Ellos siguen su acompañada ruta sin irritarse, mirando estúpidamente a su alrededor. La ruta de las caravanas es por demás siniestra. Esqueletos calcinados de hombres y de animales, dispersos aquí y allá, marcan el camino del Desierto. Entre oasis y oasis, entre pozo y pozo, que marcan las etapas, siempre hay algunos días de marcha.

Será difícil atravesar el Sahara sin sufrir los peligros del «simún», ese huracán ardiente y violento que domina en el gran Desierto africano con absoluto poderío, sin que nada se le resista. Se anuncia primero con una brisa cálida. Los camellos mejor que nadie anuncian su proximidad con una desacostumbrada inquietud, que les hace acelerar la marcha como si quisieran esquivar los furiosos del huracán de fuego. El viento, antes seco y sofocante, se convierte en un torbellino devastador, levantando trombas de arena, que lleva de un lado a otro del Sahara con grandísima rapidez, variando constantemente la configuración de las inmensas dunas. El sol, oculto tras de la tromba de arena, colorea el siniestro panorama—esa gran revolución de la naturaleza—con rayos rojizos como de sangre.

Los camellos, vencidos por la impetuosidad del huracán, se arrojan al suelo, extendiendo sus largos cuellos sobre la arena, tendiéndose de espaldas al «simún». Los hombres se guarecen tras los camellos, ocultando sus rostros con las manos, para impedir que la calcinada arena penetre por los ojos, narices y boca, sofocando con terribles angustias.

Si la duración del viento huracanado se prolonga, la arena que incesantemente se acumula alrededor de los obstáculos que se oponen a su paso acaba por sepultar a las numerosas caravanas, hasta que otro «simún»



FABRICANTES - IMPORTADORES

COMERCIO NACIONAL

Nuestro café procede de las más afamadas fincas de la meseta central y tostamos solamente las MEJORES CLASES.